

Luis Alberto Sánchez

## Una ventana más sobre América

### ALCIBIADISMO Y NARCISISMO: DOS FORMAS DE INTRASCENDENCIA



En «La Nueva Democracia» de Nueva York vengo publicando algunos atisbos sobre mis experiencias de la Nueva América. Esta experiencia no es sólo fruto del recorrer. Recorren las maletas y los turistas y los lectores voraces. Mi experiencia es fruto del... experimentar. No hallo palabra más cabal para expresar lo que deseo expresar. No encuentro equivalencias. Porque reflexionar es verbo frustrado a fuerza de ocultar contrabandos de orfandad. Y meditar se confunde ya con suspicacia o soslayo. Pues, el presente conato de ensayo—creo yo que bastante nuevo—trata de eso: de una experiencia más sobre la Nueva América. Las «meditaciones» quedan a cargo del conde de Keyserling, para que alterne los problemas «telúricos» y de «la sangre» con champañadas postconferencísticas. Esta es, si se quiere, «La me-

ditación de Alcibiades y Narciso», porque así como no se encuentra místicos sino conventuales en nuestra ancha América, así también erramos cuando aludimos a los Narcisos, equivocándolos con Alcibiades. Y no hay derecho ya para trastocar de tan lamentable manera las cosas.

### ALCIBIADES Y NARCISO: PARALELO

Rodó, tan aficionado a las parábolas como Smiles, aunque vistiéndolas de gracia y proyectándolas sobre un continente huérfano de apólogos (sólo los indios son fabulistas y aficionados al apólogo, como se ve aún hoy día entre los araucanos y entre los quechuas de mi tierra), habría trazado un lindo paralelo circunstanciado entre la historia verosímil de los dos personajes. Habría extraído de ella la raíz cúbica de un ejemplo vigorizante. Estaría ya el paralelo en algunos libros de lectura *ad usum scholarium*. Smiles lo habría amparado poco antes. Guyau rapsodiaría algo y Renán también. Empecemos en tono magistral que tanto gusta y tan bien cuadra a las virginidades espirituales americanas . . .

Alcibiades—así empiezan los maestros—fué aquel joven griego, de conducta veleidosa, enamorado de sí mismo a través del ruido y del oropel; general infortunado un día, fué luego victorioso y feliz; versátil e inconstante; rondador de la fama que le hizo concesiones imprevistas: Alcibiades logró mantener la aten-

ción pública sometida a él, por mil maneras, entre otras, cortando la cola a su perro.

Narciso, en cambio, fué un joven atormentado de amor. La vanidad que en Alcibíades llegó a la comedia, en Narciso alcanzó las dimensiones del drama, cuando no de la tragedia. Narciso se amaba a través de sí mismo. No necesitaba auditorio ni tropel, porque él era su propio auditorio, su propio espectador, su propio reflejo. Hermafrodita de la contemplación, puro verbo reflexivo, con él, acaso, nació el pronombre personal «se» y se afinó la esencia cultural del espejo. Vióse a sí mismo y vió a los demás en sí. Escuchaba a los otros en sí, y fué sujeto y objeto de sí, personificación mítica y patética, repito, del verbo reflexivo, anticipo del «corsi e ricorsi», viviente ritornello humano que, de puro comenzar en sí concluye también en sí mismo. Narciso no era ostentoso, aunque, sí, vanidoso. Pero, su vanidad estaba más hecha de orgullo que de pura vanidad. Para estar satisfecho, para su desmesurada y permanente celebridad, le bastaba el aplauso de sus ojos. No solamente estaba enamorado de sí sino que su amor era para sí, en ardoroso celo de amator auténtico, identificado con lo más esquivo, que es la propia personalidad. Logró domar lo indomable y bastarse a sí mismo en una especie de destino de Onán espiritual. Narciso pudo ser un místico de la propia belleza, a fuerza de ascendramiento. De ahí que mientras Narciso fué invariable y lealísimo, Alcibíades fué traidor e inconstante. Mirándose a sí mismo, Alcibíades

habría concluirse en pavo real, corporizando así, a la inversa, otro mito que no existe, porque los héroes se metaforsean en simbólicas bestias, pero no ocurre nunca la inversa, ni siquiera con el escarabajo egipcio.

Narciso fué el Juan de la Cruz de su propia imagen; Alcibiades, el obispo de una liturgia personal. Narciso fué el impulso; Alcibiades la caricatura. Aquél, la religión; éste, el rito. Narciso moriría por amor; el otro por exhibicionismo. Trocándose en ostentoso, Narciso hubiera sido como el sacerdote de una pompa fúnebre. Ambos, subjetivos en apariencia, sin embargo, Narciso es un lírico auténtico y Alcibiades un romántico de escuela, más que de temperamento. El lirismo de Teócrito se parece al de Garcilaso en que aquél vió pastores, y éste sólo los imaginó. Entre Lucrecio y Anatole France la mayor diferencia se encuentra en que aquél sintió el derrumbe de los dioses, pero el francés tuvo que elaborarse unas deidades ficticias para derribarlas luego con sus manos. Hay una suerte de íntima correspondencia entre la vida y el carnaval, según observadores chirles, pero lo real y permanente es que la vida no sólo parece sino que es carnaval, tan pronto como asoma la incoherencia, ya que si el carnaval es lo incoherente deliberado y reflexivo, la vida tiene su incoherencia que se produce espontáneamente, bastándose a sí misma: ergo: el «Surréalisme» entra todo él a formar en las filas de este rito nuevo. Un carnaval necesita espectadores. La vida se satisface con vivientes. De donde resulta que Alci-

biades fué como el Carnaval del Narcisismo, la negación de Narciso, y su caricatura.

### UN TRASLADO A INDOAMERICA

Vengamos ahora a lo nuestro. En Indoamérica hubo Alcibiadismo, pero no Narcisismo. Pocos continentes y pocas gentes tan vanidosas como las altas clases de Indoamérica, pero, pocas también tan intrascendentes. Aprendieron, como anota André Siegfried, un francés criollo, que divulgaron a su manera, para llegar al resultado lamentable de edificar pequeños París—Parisitos— con fabla gala y paredones de barro y paja. Así también, con barro y paja, amasaron una democracia hechiza, una cultura falsa, un orgullo hueco y una ritualidad oropelesca. Alcibiades quería llamar la atención a toda costa: las altas clases indoamericanas trataban de ser tenidas por europeas, con sólo cortarle la cola al perro de Alcibiades. Por eso, sin duda, nuestras mujeres aprendieron a dirigir automóvil, a fumar cigarrillos de tabaco rubio, beber cocktails y asistir a cabarets, pero no abandonaron la capilla colonial, ni los prejuicios de nuestra Edad Media del 700, ni cambiaron sus ideas. Transigieron con los temas de Capus, Bernstein y Porto Riche, con los de Bourget y d'Annunzio, pero no se atrevieron sino a eso: civilizarse en la costumbre visible, en el paramento, sin amueblar de nuevo, de ideas nuevas, el cerebro: alcibiadismo...

Entretanto, Narciso, doloroso Narciso de su fealdad, Narciso inverso y chato, grueso y dolido, la raza aborígen americana vivía encerrada en sí misma, viviendo de su propio reflejo tétrico, con la sobrecarga de su angustia milenaria. Frente a Alcibiades— toda apariencia y rito— poco a poco, afirmó su silueta este Narciso todo verdad y todo hondura. Se melancolizó de puro verse sólo a sí mismo. Pero, su melancolía albergó protestas, mientras Alcibiades, henchido y ventripotente, trataba de parecer triste, porque la tristeza, — la apariencia de tristeza— estaba de moda. Así fué «romántica» la literatura indoamericana, así fué romántico el pensamiento indoamericano, mientras el pueblo era auténticamente lírico, en su sentido rístico, con un romanticismo sin ojeras, pero con anchos callos en las plantas humildosas, en las palmas trabajadoras.

## LIRISMO Y ROMANTICISMO

Yo sé bien— polilla avizora— que lirismo no es lo opuesto ni discrepante de romanticismo, antes, por el contrario, el romántico es, si se quiere, una forma exacerbada y clasificada del lirismo. Cambiando de términos: lirismo es lo substantivo; romanticismo es lo adjetivo. El lírico puede serlo a título intelectual, como Cocteau, Stefan George, Paul Valéry, Pedro Salinas, o a título sentimental como Pascal, Bécquer, Rubén, el gran don Luis de Góngora, o Luis de Córdoba, que le va mejor. Esto lo sé harto bien. Pero, el romántico

se distingue por su atuendo, por la superestimación del paramento, por el logro en el abalorio, por la estridencia, por el clamor, que no es el grito . . . Alcibiades fué, por excelencia, eso: estridencia, atuendo, paramento, clamor, abalorio. Narciso, en cambio, desnudo y perfecto, se enfrenta a su propia imagen, y la vence, porque supo ser vencido por ella. Cuestión de sutilezas dirá algún entendimiento romo y crítico. La vida está en los matices y las sutilezas para las que las cantan y saborean.

#### APLICACION Y EJEMPLO EN LA HISTORIA NUESTRA

La colonia, es decir, el virreinato—pues colonia seguimos siendo, aunque sea a medias—nos enseñó el camino del alcibiadismo. Los incas estaban aprendiendo a eso cuando ocurrió el truncamiento producido por la conquista. La emancipación captó de la Revolución Francesa, sólo el ropaje. Vistiéronse de «Libertadores», pero no repararon los próceres que, bajo el calzado abultábanse desmesuradamente los anchos pies criollos, inadecuados para el estrecho calzado europeo. La República, como Alcibiades, no hizo otra cosa que cortar la cola al perro de la democracia para llamar la atención a los viandantes; pero el perro se asustaba de su propia imagen, en cualquier charquito, apenas ensayaba un gesto narcisista.

Y Narciso sufría terriblemente. No de puro enamorado de su imagen, sino de puro espantado de la

misma. Fué el anti-Narciso, nuestro Narciso vernáculo. Pero, ya columbraba las posibilidades del ahondamiento y del subjetivismo. Por los cauces de la soledad aprendió el difícil arte de ser fuerte y solo, es decir, dos veces fuerte. Los otros, los Alcibiádes, dejaron en abandono a Narciso hirsuto a fin de cultivar apariencias y donaires. Por eso es perfectamente lógico que carezcamos de lirismo, de hondura sentimental y sensitiva, y que el indio sea plástico, antes que conceptual o que confidencial. La plástica del indio evolucionado es una consecuencia de su forzado objetivismo. Pero, la expresión de esa plástica, su modo de producirse no es sino la consecuencia de un Narciso insatisfecho. Cada huaco de Nazca muestra un poema ante el espejo inédito, espejo sediento de Narciso vivo, condenado a Narciso modelado por toscas manos hábiles. Y el espejo es el cruce de caminos, la plazoleta de la cual parten, difíciles de distinguir, la ruta hacia el alcibiadismo y la ruta hacia el narcisismo. País de cochas, es decir, de lagos, con una civilización que emergió del fondo de un lago, o de un espejo, según asevera la leyenda, el Imperio de los Incas sintió la tenaz atracción de ambos extremos: Alcibiádes y Narciso. O mejor, el anti-Narciso. Pero, Narciso habría sido muy útil para la autenticidad de un lirismo nominal e inverso.

#### PROYECCIONES INEVITABLES

A medida que se estudian las apariencias de nuestra cultura americana, mejor comprendemos que nuestra

literatura y nuestro derecho, y nuestra economía y nuestra política han sido, sobre todas las cosas, lazos tendidos al aplauso y trampas para la celebridad. Por encrucijadas de exhibicionismo anduvieron nuestros prohombres, y por ellas se perdieron. Huyeron del conocimiento de sí mismos, que es la forma lograda, alta y durable del Narcisismo. No entendieron la esencia misma de la tragedia del personaje mitológico: Narciso se desesperó porque no atinó a penetrar en su propia personalidad, quedándose limitado a la periferie. Narciso sufrió por truncamiento. Creyó que su forma era todo su ser, y no halló otro camino que el de la desesperación. No se exasperó siquiera. De la fe pasó al desesperarse sin tránsito de lucha ni de reflexión. Si hubiera utilizado su forma perfecta, si la hubiese escudriñado, habría sido el pre-Sócrates, y, al mismo tiempo, Apolo y Ganimedes, Orfeo y Esculapio. Limitólo el conocimiento de su cuerpo hasta el extremo de ocultarle su propio espíritu: grave cosa... pero en Indoamérica ni siquiera hemos conocido nuestra envoltura, tanto menos nuestro espíritu... Narciso es, por eso, un tránsito y una necesidad, Por eso, a través de nuevas doctrinas—el aprismo, por ejemplo—estamos pugnando por encontrar nuestro espíritu y por conocer y definir nuestro cuerpo. La tarea de la ubicación absoluta de nuestro ser se ha empezado. Narciso ha sido superado ya Alcibiades se bate, desesperadamente, por conservar el cetro que, apesar de su ceguera rabiosa, advierte ya que no es tal cetro: apenas la cola disecada y dura y sin

vida del perro de la fama. A tal punto han disminuído las magnitudes, que hoy luchar por la cola del perro es como ayer batirse por el cetro y la espada. Pero, quien sabe si no eran también sino lo mismo, la misma cola, la misma vanidad, la misma orfandad interna y la misma elefantíasis de la apariencia y del parecer, sin ser.